

## Cuentos & cuentistas

### Fredric Brown: el más lúcido

Como autor de ciencia-ficción y novela negra, el norteamericano Fredric Brown (1906-1972) es definitivamente lo que se llama un “autor de culto”. Tuvo su época de modesto reconocimiento entre los años 30, cuando empezó a publicar sus primeros relatos, y los 60, período en que se retira debido a sus problemas de salud, en especial un enfisema pulmonar que lo postra. Como escritor nunca se tomó demasiado en serio, y probó todo tipo de oficios antes que, un cierto éxito, le hiciera dedicarse más profesionalmente a la literatura. Trabajó de bibliotecario, corrector de pruebas en una imprenta, vendedor viajero, garzón, mensajero de oficina, e incluso de detective privado en un parque de diversiones. Fue un gran bebedor y fanático del póquer. De esto y aquello construyó sus personajes.

Siempre decía que no le gustaba escribir, que sentarse frente a la máquina era un sufrimiento, y nunca confió en la literatura como un medio de subsistencia. De todos modos, fue prolífico en ambos géneros, el policial y el fantástico. Su primera novela policial, *La trampa fabulosa* (1947) fue rechazada por doce editoriales, todo un récord.<sup>1</sup> No obstante eso, llegó a ganar con la novela un premio Edgar (el más prestigioso del género en su país) a primera obra de autor. Allí inaugura a su pareja de detectives aficionados, Ed y su tío Am Hunter, que envejecerán junto con el autor en siete libros, hasta el cierre de la serie, *Las bragas de la señora Murphy* (1963).<sup>2</sup> Fue el último libro que Brown publicó, demasiado enfermo para continuar escribiendo. El alcohol tampoco le ayudó a esas alturas.



---

<sup>1</sup> También traducida en castellano como *El fabuloso cabaret* y *El desplumadero fabuloso*.

<sup>2</sup> En México la titularon púdicamente *El caso de la señora Murphy*.

Sus cuentos fueron siempre apreciados y le dieron una comedia fama, lo que le permitió, recién después de la Segunda Guerra Mundial, vivir de la pluma. *¡Marciano, vete a casa!* (1955) fue la novela que finalmente le dio dinero para dedicarse a la escritura sin sobresaltos. *Universo de locos* (1949) ha sido reconocida como un clásico indiscutido del género. Estos títulos son los únicos que suelen ser reeditados, como que su fama de otra época se disipó. Sin embargo, aún por entonces, vivió opacado por los más rutilantes Ray Bradbury y Robert Heinlein en la ciencia-ficción, o Dashiell Hammett y Raymond Chandler en el género negro. Pero no conocía la envidia.

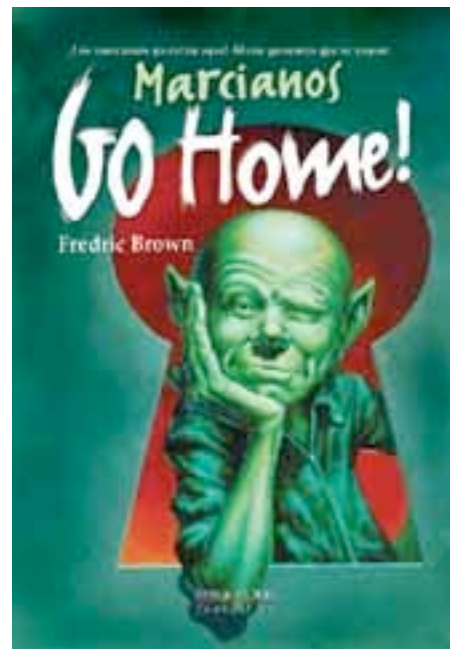
Fredric Brown perteneció al entorno de los llamados autores *pulp*, pura literatura popular y barata, hecha con papel de ínfima calidad y que proliferó entre las guerras, en medio de la crisis económica. El semi anonimato siempre fue la norma de esas revistas, de allí que muchos relatos de Brown se publicaron sin que los lectores lo distinguieran de otros autores. Se pagaba a un par de centavos la palabra. Pero muchos se atreven a afirmar que de todos estos escritores mercenarios, Fredric Brown fue el más original, el más divertido, el más extravagante, el más imprevisible, el más absurdo, el más bromista, el más ingenioso, el más entusiasta... Querido por sus pares, ajeno a embrollos literarios, se dice que era capaz de hacer una historia a partir de cualquier cosa, lo que su imaginación prodigiosa transformaba en extraños argumentos.<sup>3</sup>



<sup>3</sup> Como el relato que he traducido para ustedes.

Más de un centenar de cuentos, escritos casi todos por las noches, tras la velada vespertina con sus amigos en el bar, son su legado a dos géneros literarios. Fredric Brown, tal como William Irish (Cornell Woolrich) y David Goodis, fue un testigo de las miserias de la noche en la serie negra. Cabe mencionar que su novela *La noche a través del espejo* (1950) es un homenaje a Lewis Carroll, uno de sus autores favoritos.<sup>4</sup>

La mayoría de sus relatos salieron en los *pulps* y sólo algunos están agrupados en libros. En tanto cuentista de géneros populares, Fredric Brown es el maestro del relato ultra corto. Siempre se cita éste, pero bueno, una vez más: “El último hombre sobre la tierra entró a su cabaña y se sentó en el sillón. Tocaron a la puerta”. Tiene cuentos palíndromos que se leen al derecho y al revés, y otro en el cual el lector es asesinado (cuidado al leerlo). Muchos son casi intraducibles por sus juegos de palabras. Tiene series de cuentos construidos sobre bases disparatadas, como sus “Pesadillas” en gris, verde, azul, amarillo, etc. Otra serie se titula “Los grandes descubrimientos perdidos”... Brown es uno de los pocos autores del género negro que practicó el humor de manera eficaz, y en este sentido se une al selecto grupo de cultores de esta orientación, como Jonathan Latimer y Donald Westlake y, más recientemente, Jerome Charyn y Carl Hiaasen.



<sup>4</sup> También conocida como *La noche del Jabberwock* y *Noche de brujas*.

Hasta donde conozco, hay dos volúmenes con sus cuentos policiales traducidos al castellano: *¡No mires atrás!* (1953) y *Los asesinatos del perro y otros asesinatos* (1963). Varios de ellos son títulos obligados en las antologías del género. Algunos de sus mejores cuentos de ciencia-ficción están en los volúmenes *Amo del espacio* (1951), *Luna de miel en el infierno* (1958), y *Pesadillas y Geezenstacks* (1961). Libros maravillosos, nunca reeditados, sólo posibles de conseguir, con suerte y paciencia, en librerías de segunda mano. Pues en estas colecciones de cuentos nos encontramos con otra de las características del arte de Fredric Brown: su gusto por la mezcla de enfoques al interior del relato fantástico. Las historias de espectros y robots, las fábulas perversas, el pastiche del gótico, la sátira del propio género de ciencia-ficción, las paradojas científicas y los juegos de palabras, las audacias eróticas, los extraterrestres más improbables, salpican estos relatos encantadores y espantosos a la vez, casi siempre impregnados de una dolorosa inquietud frente a la dificultad de vivir. Como dijo el crítico francés François Guérif a propósito de Fredric Brown y sus bromas: “Decididamente, el humor es la cortesía de los desesperados”.

**Bartolomé Leal**

**Romance**  
**Relato de Fredric Brown**

Él era sombrío, macizo, con unos ojos como fuegos hundidos profundamente en las cuencas de su rostro; esos ojos parecían quemar todo lo que tocaban. Sus dedos blanquecinos y endebles apretaban con fuerza un papel enrollado, que parecía ser una partitura musical o una salchicha envuelta en una hoja de periódico.

Ella era pequeña, pálida y frágil; la ropa que llevaba no le sentaba muy bien y lucía un tanto pasada de moda. Sus ojos eran azules como el hielo, hasta que el tranvía en que ella viajaba arribó al lugar donde se encontraba el hombre que tenía apretada la partitura o la salchicha. Sus ojos se cruzaron y el azul hielo pareció derretirse. El tranvía arrancó con el murmullo de sus ruedas planas sobre los rieles de acero, y enfiló rumbo a la siguiente intersección. La mano de ella se apretó contra el pecho al momento de la partida del tranvía.

Ella nunca lo volvió a ver; pero mientras yacía por las noches en la cama junto a su marido, que dirigía una cadena de tiendas de abarrotes y creía en la condenación eterna, pensaba a menudo en el hombre, y se preguntaba si se trataría de una partitura musical o de una salchicha envuelta en un periódico.

**(Traducción de Bartolomé Leal)**